

ENCUENTRO DEL *destino*

Un relato derivado de El Peso del Pasado

ONDREA LION

Segunda Edición:
Caracas, mayo, 2024
Encuentro del Destino, 2021

Registro de Propiedad Intelectual
SC 2104077440085

Diseño de portada:
Ondrea Lion

Montaje y Diagramación:
Ondrea Lion
ondrealion.blogspot.com

Derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Índice

Parte 1
Parte 2
Parte 3
¿Te gustó?

Parte 1

Jackson no podía darse el lujo de rechazar ninguna oportunidad de trabajo.

Desde que su carrera como ingeniero de sonido de los cantantes más cotizados del mercado había sido desprestigiada, cualquier oportunidad de ganar dinero, poniendo sus conocimientos en buen uso, debía ser bien recibida.

Durante tres años fue el experto preferido de Roman Stein, el mánager más exitoso del mundo del espectáculo, cuyas andanzas con las mujeres eran conocidas por muchos, menos por su esposa, Sandra.

Todavía recordaba la noche cuando todo se fue al demonio, Sandy -Sandra-, fue a buscarlo a su habitación del hotel la noche anterior a un gran concierto.

La mujer estaba llorando a mares, había descubierto a Roman con una corista cuando apareció de manera sorpresiva en una fiesta que se estaba llevando a cabo en uno de los salones de la planta baja.

Ella no quiso armar una escena, así que corrió a llamar a Jackson. Con el pasar del tiempo se habían hecho amigos y fue lógico que acudiera a él.

Jackson no sospechó nada cuando Sandy le preguntó en cuál habitación estaba, pensó que quería saber si estaba en el mismo piso o cerca de su esposo. Cuando sintió el llamado en la puerta, y ella se abalanzó en sus brazos para romper en llanto, no supo qué hacer.

Debía admitir que esa noche se comportó como un idiota irresponsable, consciente de las infidelidades de Roman, no tuvo la suficiente fuerza de voluntad para detener los avances de la esposa. Sandy lo sedujo exitosamente, fue condenadamente sexy y provocadora, no aceptó sus negativas y razonamientos sobre el error que estaban cometiendo.

Luego de una botella de escocés, y muchas quejas de parte de ella sobre cómo se quedaba en casa cuidando a los niños, mientras él estaba en la carretera únicamente enfocado en su «trabajo» cuando en realidad estaba acostándose con cualquier falda que se le atravesara, terminó cediendo.

No contó con que Sandy filmó el encuentro para vengarse de Roman, y mucho menos que se lo mostraría al día siguiente.

Jackson recibió los puñetazos valientemente cuando su jefe entró como un huracán a su habitación con sus improperios gritados a todo volumen.

Roman lo despidió en el acto, no hubo nada que hubiera podido hacer para evitarlo, así como tampoco pudo evitar que destruyera su reputación, y ningún mánager quisiera contratarlo de nuevo.

Tenía la suerte de que siempre fue una persona sociable y agradable, porque algunos de los amigos que todavía conservaba le lanzaban trabajitos simples como el de ese día: instalar el sistema de sonido de la nueva ala de uno de los estudios de danza más popular de Los Ángeles; algo muy por debajo de sus preparación y experiencia, pero que por lo menos le permitía mantener un techo sobre su cabeza y comida en su boca.

Había coordinado con la gerente —una amiga cercana—, que iría el domingo muy temprano en la mañana para evitar cualquier contacto humano. Dos años habían pasado desde el despido de Roman y todavía no se perdonaba a sí mismo el error que cometió aquella noche.

Sí, fue un simple error, pero le dio una vuelta de ciento ochenta grados a su vida y por los momentos parecía que no había marcha atrás ni posibilidad de redención.

Sandy y Roman se habían reconciliado. Ella prometió no volver a sorprenderlo a cambio de

la promesa de que él iba a tomar menos tiempo en la carretera y más tiempo en estar al pendiente de ella. Jackson sabía que eso no evitaría que su exjefe se acostara con otras mujeres.

En fin… La única manera de regresar al ruedo era dejar que el tiempo corriera, esperar a que Roman lo perdonara, ya fuera porque Sandy lo abandonara o porque simplemente la dejara de amar y ya no le importara el pasado.

Fuere lo que fuere, dependía de él que pudiera volver a encontrar trabajo en el medio artístico, el mánager se había convertido en una fuerza poderosa dentro de la industria y sin su visto bueno, no tenía ninguna oportunidad.

Ese domingo, Jackson recorrió los corredores del estudio de danza con la intención de dirigirse a donde se ubicaba el cajetín de electricidad para apagar todos los interruptores y así instalar parte del cableado de nuevo sistema de sonido, sin embargo, una música a todo volumen lo desvió de su camino.

Las melodías de *Gypsy* de Shakira retumbaban en todo el edificio.

Al acercarse a su origen pudo percatarse de que las palabras eran cantadas en español, lo que le recordó que tenía una debilidad por las latinas, le parecía que su idioma era lo más erótico del mundo; o por lo menos, lo pensaba así hasta hacía un par de años atrás, antes de que se convirtiera en el ser amargado y malhumorado que era en esos momentos, alguien que no soportaba estar alrededor de otros seres humanos.

Asomó la vista por la pequeña ventanilla que permitía observar el interior de uno de los salones más amplios del lugar, y ahí la vio.

Una rubia delgada de delicadas curvas, pecosa y de labios carnosos, se movía como si su vida dependiera de ello, sus movimientos combinaban pasos de flamenco, danza árabe y contemporánea, y aunque su fisonomía no parecía latina, en ese momento Jackson recordó otra de sus debilidades: las bailarinas.

Por su experiencia en eventos musicales, sabía que cuando ensayaban no deseaban ningún tipo de interrupción. Lamentablemente no podía hacer nada por eso, estaba ahí para realizar un trabajo y eso implicaba suspender de forma temporal la electricidad que reproducía la canción que sonaba.

Consciente del volumen de la música, Jackson golpeó la puerta con fuerza.

Anna se encontraba ensimismada en sus pensamientos, cada vez que bailaba buscaba exorcizar el recuerdo de Leo ya que nada parecía funcionar. Mudarse a Los Ángeles parecía haber sido una mala decisión, Gaia se había mudado con él a New York y se estaba convirtiendo en una coreógrafa cotizada, lo que probablemente implicaba que les tocaría trabajar juntas algún día, ya que, a diferencia de Gaia, a Anna le fascinaba interpretar la música sobre un escenario más que planificarla.

Realmente pensó que podría pasar la página fácilmente, pero no consideró que las cosas iban a complicarse: adicional al hecho de que Leo y Gaia se habían mudado al mismo país; sus padres estaban pasando por una mala situación económica, razón por la cual redujeron su ayuda y tuvo que disminuir muchos de sus gastos.

Por fortuna no consumía mucha agua y electricidad en su pequeño apartamento debido a que procuraba estar todo el día en el estudio de danza para tener un lugar donde ducharse, además de la oportunidad de cubrir suplencias de profesores faltantes y de esa manera ganar un dinero extra.

Y gracias a ello, Shakira se fijó en ella.

Sí, esa Shakira, la famosa cantante.

Anna se encontraba bailando sus penas en un salón cuando la mencionada entró con su

séquito por error, estaba en el estudio porque iba a presenciar la audición de unas bailarinas para su próximo tour, y quedó encantada con sus movimientos. La famosa artista tenía algunas ideas de las coreografías que deseaba y le pareció que la chica sería perfecta. La contrató en el momento.

Por eso ensayaba la mayor cantidad de tiempo posible, Anna deseaba estar en forma y preparada para lo que fuera. Se había reunido con la celebridad unas cuantas veces y se percató de que ella y otra chica eran sus predilectas, su mánager le había preguntado si podía pintarse el cabello de alguna tonalidad oscura para diferenciarse de la cantante y había aceptado. En realidad, si le hubiera pedido que se lo rapara lo hubiera hecho, estaba demasiado feliz para preocuparse por cambiar su aspecto por razones estéticas.

Pero no fue hasta después de que esa reunión terminara que recordó que durante un tiempo cambió el color de sus cabellos a rojos para complacer a Leo, y, sin desearlo conscientemente, terminar pareciéndose a Gaia, demostrando todas las tonterías que estuvo dispuesta a hacer para ganarse su amor. De igual manera no sirvió de nada.

Debía darle más tiempo al tiempo, cruzar los dedos para que su camino no se cruzara con el de Leo y su novia —o que por lo menos no lo hiciera hasta que ella lo hubiera superado—, y realizar un buen trabajo en este tour para ganarse una reputación que le permitiera desarrollar su carrera como bailarina dentro del mundo del espectáculo estadounidense.

De vuelta al presente, lo menos que esperaba un domingo a las siete de la mañana, era sentir la presencia de alguien en el salón donde practicaba. Ese día de la semana era uno de sus favoritos debido a que raramente el estudio era visitado y podía utilizar los salones a sus anchas, por lo que ver a ese hombre alto y atractivo haciéndole señas desde la puerta, casi le produjo un infarto por el susto.

De mala gana ubicó el mando a distancia para bajar el volumen, y con un gesto de hastío dirigió su mirada a aquel intruso que la interrumpió.

—Buenos días —saludó Jackson de manera cortés, incómodo por la insolente reacción de la bailarina. Él solo estaba cumpliendo su trabajo—. Vengo a instalar el sistema de sonido de la nueva ala, debo suspender la electricidad por un par de horas.

Ella asintió malhumorada, y, ubicando unos auriculares inalámbricos en su mochila, se dispuso a pegarlos a sus orejas con cinta adhesiva médica para seguir ensayando, algo que Jackson encontró muy gracioso.

Un par de minutos después, él comprendió que estaba fuera de lugar quedarse observando cómo la chica se ocupaba de mantener la música en sus oídos para seguir bailando, por lo que se apresuró iniciar la labor que lo había llevado a ese lugar.

Para ahorrar costos, Jackson dispuso hacer la instalación sin ayuda extra y de esa manera llevarse todas las ganancias, sabía que si hubiera subcontratado un par de manos más hubiera terminado mucho antes, pero necesitaba el dinero.

Un poco después de las diez de la mañana, se encontraba terminando los detalles finales en la oficina de Jessica —la gerente y una de sus amigas de confianza—, cuando se percató de que la escalera que estaba utilizando para alcanzar el techo era inestable, por lo que procuró apresurarse y mantener el equilibrio de manera efectiva y finiquitar el trabajo de una buena vez.

No contaba con que necesitaría estirarse más de lo humanamente posible para alcanzar un cableado, razón por la cual su soporte se tambaleó tumbándolo en el suelo, golpeando su torso con el escritorio y con ello perder el aire momentáneamente. Desesperado, se esforzó lo mejor que pudo para respirar, aunque podía sentir como sus pulmones le quemaban por el dolor.

Por su parte, Anna había decidido, luego de un par de horas de movimientos danzarines, que

se retiraría temprano ese día. Por alguna razón incomprensible la presencia invisible del hombre que la interrumpió más temprano la desestabilizaba, no se sentía tranquila, y por más que intentó concentrarse, no pudo dejar de preguntarse dónde se encontraba y cuándo terminaría.

Por esa razón, alrededor de las nueve y media de la mañana, se dirigió a uno de los cuartos de baños para darse una larga ducha caliente, un tratamiento de lociones para hidratar su piel, y consentirse con productos de belleza.

Esa tarde algunas de sus compañeras la habían invitado a salir, y aunque inicialmente no deseó hacerlo para no gastar dinero, comprendió que debía socializar con ellas para crear algún tipo de lazo; un par de meses después saldrían a la carretera en el tour de Shakira, y lo mejor era llevarse bien con todas.

Estaba poniéndose los botines que combinaban con su vestido veraniego, cuando escuchó un estruendo ensordecedor. La soledad del precinto provocó que el eco expandiera el ruido mostrándolo más ostentoso de lo que realmente había sido. Preocupada, y cojeando por no haberse puesto bien uno de los zapatos, se apresuró a dirigirse al corredor donde habían provenido aquellos sonidos.

La oficina de la gerente estaba abierta, y en el suelo, se encontraba el tipo que la había interrumpido en la mañana, luchando por respirar con la escalera sobre él. Sin pensarlo corrió hacia él inclinándose para atenderlo.

—¿Estás bien? —preguntó Anna preocupada.

Jackson asintió intentando explicarle con señas que era algo temporal, pero ella no entendió lo que quiso decir.

—¿Necesitas que llame al 911?

Él negó con la cabeza y procuró que los gestos de sus manos le indicaran a la chica que pronto pasaría.

De pronto las paredes comenzaron a temblar, junto con el techo, el suelo, y cada uno de los muebles de aquella habitación creando un bullicio preocupante. Una de las lámparas del cielo raso se zafó, y estuvo a punto de caer sobre la cabeza de Anna de no haber sido por la velocidad de Jackson al halarla con fuerza para ubicarla junto a él bajo el escritorio, para protegerla mejor la cubrió con su cuerpo, y de esa manera garantizar que no estuviera expuesta a los escombros que caían sobre ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna asustada. Era obvio lo que ocurría, pero su mente estaba demasiado aturdida para pensar.

—Terremoto —masculló Jackson apretando su abrazo con un gesto tranquilizador.

Aunque el dolor de su costado era insoportable, protegerse y protegerla fue su prioridad en esos momentos.

Parte 2

Aquello duró un par de minutos, y fue tan aterrorizador que Anna pudo haber asegurado que tardó mucho más que ese tiempo. Cuando el silencio volvió, y una bruma de polvo los rodeó, Jackson aflojó sus brazos para dejarla ir.

La oficina estaba repleta de escombros, una inmensa viga bloqueaba la puerta de salida, y la única ventana, que daba hacia uno de los corredores, mostraba los destrozos que exponían que el edificio había colapsado. En cuestión de segundos, la chica agradeció en su interior que el chico se hubiera caído porque no tenía idea de cómo hubiera reaccionado de haber estado en el cuarto de baño o caminando hacia la salida. Probablemente alguna pared hubiera caído sobre ella.

Moverse resultó embarazoso, aunque no fue imposible, dentro de la habitación quedaba algo de espacio para maniobrar el cual fue utilizado por Jackson para intentar alcanzar la puerta de salida.

—¡Cuidado! —gritó Anna al ver caer otra lámpara junto a su acompañante.

Él esquivó el artefacto con éxito, y saltando hacia adelante, tomó el picaporte de la puerta para intentar abrirla.

Por el movimiento del sismo se había cerrado y las paredes se habían movido de tal manera que provocó que se atascara haciendo que fuera imposible abrirla sin ayuda externa.

Jackson paseó la mirada buscando algo con qué proteger su mano para intentar mover algunos escombros, entonces vio su chamarra. Cuando estiró el brazo para alcanzarla, se fijó que su extremidad estaba cubierta de sangre la cual chorreaba mojando sus dedos.

—¡Estás sangrando! —exclamó Anna.

De inmediato estuvo consciente de la razón de su herida: fue por protegerla a ella. Al rodearla con sus brazos, uno de ellos quedó en parte al descubierto y algunos de los escombros hizo de las suyas.

—No es nada —minimizó Jackson tomando su prenda para disponerse a revisar los vidrios rotos de la ventana que estaban entremezclados con la persiana que antes la cubría. Pero cuando parecía que había una posibilidad de escapatoria, una inevitable réplica sacudió de nuevo los suelos.

De manera coordinada, ambos se halaron uno al otro para esconderse de nuevo bajo el escritorio, se abrazaron con fuerza procurando mantener cada uno de sus miembros bajo la protección de la madera. El sismo fue más leve y corto, pero provocó más derrumbes atrapándolos aún más. Salir por la ventana ya no era una opción, el techo del corredor externo había colapsado por completo.

Ninguno de los dos habló por unos minutos, se encontraban a la expectativa de algún otro movimiento que pudiera amenazarlos. Luego de cierta tranquilidad en el ambiente, Jackson se levantó para intentar ubicar su celular, no lo veía por ninguna parte y no quería arriesgarse a mover algo que provocara que la estructura colapsara aún más. Entonces alcanzó el teléfono de la línea terrestre para descubrir que no funcionaba. Estaban incomunicados.

—Jessica sabe que estoy aquí —dijo Jackson más para sí mismo que para la chica que lo acompañaba.

—También sabe que estoy aquí —añadió ella recordando que su celular se había quedado en el cuarto de baño junto con su bolso.

—Solo hay que tener paciencia y esperar —dijo él buscando un lugar donde sentarse de manera segura.

—Hay que hacer algo por esa herida —señaló Anna.

—Jessica tiene un cajetín de primeros auxilios —replicó Jackson esquivando los materiales esparcidos para acceder a un cajón de un mueble que se encontraba en la pared trasera. Con dificultad pudo extraerlo, y se devolvió al escritorio para poder protegerse de nuevo en caso de ser necesario.

—Deja que yo lo haga —dijo Anna alcanzado la pequeña caja.

—Yo puedo hacerlo —aseguró él.

Las manos de ambos tropezaron sobre el frío metal que contenía las medicinas, pero sus pieles se calentaron de inmediato, una chispa de atracción recorrió las espinas dorsales de los dos provocando, contradictoriamente, un escalofrío. Podían sentir un ardor agradable sobre la piel que chocaba con la sensación helada en sus terminaciones nerviosas.

Anna sintió excitación y miedo al mismo tiempo, y por su parte, Jackson se sintió inevitablemente atraído por aquella hermosa chica. Consciente de que estaban solos, y que él era un desconocido para ella, un instinto de protección deseó hacerla sentir segura en una situación donde se encontraba tan vulnerable, así que bajó su mirada y dijo:

—De verdad, no te preocupes. Puedo curarme solo.

—Pero yo lo puedo hacer mejor, mi hermano es médico, y más de una vez practicó conmigo —refutó Anna.

Él no quiso discutir, apoyando su trasero en el escritorio, permitió que la chica se ocupara de atenderlo.

En silencio, Jackson aguantó los ardores del curetaje, la herida no era tan profunda a pesar de que no dejaba de sangrar, Anna la limpió la mejor que pudo y la vendó, y cuando estuvo a punto de terminar, escuchó que su acompañante dijo:

—Soy Jackson, por cierto.

—Anna —replicó ella.

—Es un nombre muy bonito —dijo él manteniendo la mirada en la puerta.

Ella alzó su vista para percatarse que su acompañante parecía no prestarle atención a pesar de que le acababa de decir un halago.

—Era el nombre de mi abuela —dijo Anna.

—Cuando llegué me percaté de que estabas escuchando Shakira en español, por un momento supuse que eras latina, pero no lo pareces, aunque tu acento es un poco extraño —dijo él.

—Mi madre es venezolana, mi padre alemán, mis abuelos paternos son ingleses… soy una extraña combinación.

Jackson sonrió, Anna era mucho más que una extraña combinación. Era un ser hermoso con una energía extraordinaria, no podía explicarlo, pero se sentía a gusto junto a ella, algo que no percibía desde hacía mucho tiempo con nadie.

—¿Tienes poco tiempo en Los Ángeles? —preguntó Jackson asumiendo que la chica era nueva en la ciudad.

—Un poco más de un año.

—¿Y ya estás trabajando con alguien? —continuó interrogando Jackson, estaba fascinado y quería saber más sobre ella.

—Dentro de un par de semanas comienzo un tour con Shakira —contestó ella sintiéndose avergonzada. A pesar de su beca y su talento, tardó muchos meses en conseguir trabajo por estar lamentándose por un hombre que no la quería, pero no había necesidad de que Jackson supiera eso.

—¿Shakira? ¡Guao! ¡Excelente! —replicó él complacido

—¿Y tú? ¿Eres de aquí o te mudaste a buscar fama o fortuna?

—Soy de aquí. Ingeniero de sonido para ser preciso, ser una celebridad nunca ha estado dentro de mis planes, perfeccionar los sonidos de la música es suficiente satisfacción para mí —dijo Jackson para inmediatamente moverse a buscar un trozo de concreto en el suelo y evitar que la chica le preguntara más sobre su pasado. No deseaba hablar sobre sus malas decisiones—. Creo que debemos hacer algún tipo de ruido constante para que sepan que estamos vivos. Si Jessica manda ayuda, es buena idea que nos oigan.

Anna asintió, y juntos, de manera intermitente, golpeaban la viga caída con fuerza utilizando trozos de concreto para ser escuchados en algún momento por los rescatistas. Jackson recordó que la gerente tenía un pequeño refrigerador junto al escritorio oculto bajo tablas para que pareciera parte del escritorio, y a pesar de que no había electricidad, los contenidos todavía se conservaban fríos.

El chico tomó una botella de agua y una bolsa de hojuelas de papas fritas que compartieron al decidir administrar el resto de las reservas ya que no sabían cuánto tiempo más se quedarían ahí.

De pronto, unos ruidos provenientes del piso superior provocaron que ambos se volvieran a abrazar bajo el escritorio esperando que todo a su alrededor comenzara a temblar de nuevo.

—¿Hay alguien ahí? — gritó un hombre desde el techo

—¡Sí! —contestó Jackson.

—¡Estamos aquí! —exclamó Anna.

—¿Están bien? ¿Cuántos son? ¿Alguno se encuentra herido? —preguntó el rescatista.

—Somos dos, estamos bien —replicó Jackson.

—Tú estás herido —susurró Anna preocupada al ver que la venda de su brazo estaba empapada por la sangre.

—No es nada grave, ellos necesitan darle prioridad a quienes estén atrapados en condiciones letales —explicó él para que solo ella lo escuchara.

—El edificio de al lado está a punto de colapsar —gritó de nuevo el hombre del exterior—. Necesitamos asegurar las condiciones antes de intentar sacarlos a ustedes, manténganse calmados. ¿Necesitan algo? Creo que hay una abertura aquí donde podemos pasarles comida, agua…

—Estamos bien, gracias —interrumpió Jackson—. Solo queremos salir.

—Aguanten un poco, estamos trabajando para sacarlos —dijo el rescatista.

Jackson y Anna se miraron, los dos notaron el tono de preocupación en la voz del hombre, no sonaba confiado. Estuvieron conscientes de que podrían morir aplastados o por falta de oxígeno si la estructura lateral caía sobre ellos. La chica dejó escapar una lágrima silente, y él se sintió frustrado por no conocerla lo suficiente para consolarla con un abrazo, por lo que decidió distraerla conversando:

—¿Has recorrido bien la ciudad desde que llegaste?

—Un poco —respondió ella distraída.

—En Magnolia Boulevard puedes comer los mejores tacos de la ciudad. Deberías ir.

—Si logro salir de aquí —murmuró ella.

Jackson se percató de que hablar de planes futuros no funcionaría, Anna estaba demasiado preocupada, así que optó por hablar de otra cosa: él mismo.

—Solía conocer todos los mejores lugares para comer, pero desde que cambié mi estilo de vida, y me convertí en una especie de ermitaño, visito siempre los mismos locales de siempre.

Quizás vas a tener que ser tú quien me recomiende algún lugar nuevo.

—¿Por qué te convertiste en una especie de ermitaño? —curioseó Anna.

Su acompañante era una persona muy atractiva, sus cabellos castaños, ojos claros, y alta contextura atlética, parecía indicar que debía tener mucha suerte con las chicas, y aunque estaba consciente de que no tenía suficientes bases para formarse una opinión, Jackson no parecía un ser introvertido.

—Tomé malas decisiones y perdí mi carrera, no tuve otra opción que regodearme en mi miseria —replicó él ocultando una sonrisa en la comisura de sus labios, se sentía satisfecho de lograr distraer a la chica.

Anna pensó en sus decisiones. Si no se hubiera sido tan testaruda en intentar conquistar el corazón de alguien que estaba enamorado de otra, su vida sería distinta. Quizás no estaría a punto de morir en una ciudad extraña.

—¿Has tomado malas decisiones alguna vez? ¿De esas que te cambian la vida? —preguntó Jackson manteniendo la conversación viva, la chica se mantenía preocupada aunque parecía que era por otra cosa.

—Creo que nos pasa a todos, decimos y hacemos cosas que nos afectan de manera permanente —contestó ella.

—Cierto, lo mejor que se puede hacer es salir adelante. Eso es lo que intento, aunque sea frustrante no lograr retomar el camino que habías dispuesto para tu vida… —iba a agregar que lo lograría algún día cuando sonidos de escombros cayendo en las cercanías causaron que tomara la mano de Anna con gesto protector. Ella lo apretó con fuerza.

Falsa alarma, sus alrededores continuaban igual. La chica captó la intención de Jackson, hablar los distraería de la posibilidad de una muerte inminente.

—No debería quejarme de mis decisiones. Sí, me mudé a esta ciudad para escapar, y mi situación económica no es óptima en estos momentos, pero Shakira se fijó en mí y me contrató para su próximo tour, y eso solo traerá más cosas buenas. Debería sentirme agradecida —reflexionó Anna.

—Es un gran avance que una de las artistas más reconocidas y exitosas a nivel internacional te haya escogido para bailar junto a ella —recalcó Jackson.

—Lo sé… ¿y tú? ¿Te quejas del pasado a pesar de que te pasan cosas buenas? —interrogó la chica.

—Realmente no me quejo, estoy consciente de que yo mismo tiré mi carrera por el inodoro, y que solo me queda trabajar en donde consiga quien me contrate y esperar que la tormenta se calme —respondió él.

—¿Cuánto tiempo crees que falte para eso? —preguntó Anna.

—Lleva un par de años lloviendo y no parece amainar, por lo que podrían pasar el mismo tiempo o más —admitió Jackson.

—¿Qué hiciste? —curioseó la chica intrigada.

Jackson expiró todo el aire de sus pulmones, le estaba haciendo bien hablar, nunca se había desahogado con nadie lo que había pasado y parecía buena idea hacerlo en esos momentos. Sus amigos más cercanos tenían una idea de lo que había ocurrido, pero él siempre fue discreto al respecto para no avivar la ira de Roman. Todos notaron que había discutido con el mánager, pero nadie supo la extensión del asunto.

Sin citar nombres, y consciente de que era posible que muriera ese día, le relató lo ocurrido en el pasado, de cómo cedió ante la seducción de Sandy y lo perdió todo; de cómo debía esperar a que su exjefe pasara la página, y su noción de que, por los momentos, solo le quedaba como

opción trabajar en asuntos técnicos por debajo de su preparación y experiencia.

Ella lo escuchó atenta. Percibiendo su arrepentimiento no lo juzgó, un lapso de falta de sentido común le podría ocurrir a cualquiera.

—¿Has pensado mudarte a Europa? —sugirió Anna cuando Jackson terminó su historia.

—Mi antiguo jefe es mánager de artistas alrededor del mundo. Es una fuerza poderosa dentro de la industria disquera. La música no conoce fronteras —respondió él.

—Cierto —concedió ella.

—¿Y tú? ¿Qué te trajo a Los Ángeles?

Anna dudó un par de segundos, e inmediatamente se preguntó qué le detenía confesar las razones de su ego herido. No tenía amistades en la ciudad, ella también se había convertido en un ser asocial sin buscarlo conscientemente, y al escuchar cómo su acompañante abrió su alma, ella también quiso abrir la suya.

—Tuve una relación con alguien que amaba a otra persona. Lo imaginé desde el principio, pero me convencí de que podía enamorarlo, lograr que la olvidara. Evidentemente no lo logré, terminé nuestra relación porque nunca tuvo la decencia de ser honesto conmigo y confesarme que no me quería como a ella. Luego tuve que verlos juntos, felices. Fue demasiado para mí. Acepté una beca aquí porque necesitaba escapar. Ahora viven juntos en New York, él tiene una carrera prometedora como guitarrista de una banda famosa, y ella se está convirtiendo en una de las coreógrafas más cotizadas de la ciudad —apresuró a decir Anna aliviada de poder hablar con alguien sobre el tema.

Jackson tuvo curiosidad por conocer cuál era la banda, pero respetó que haya guardado ese dato, así como ella respetó que él no mencionara el nombre de su antiguo jefe.

—No lo conozco, pero suena como un idiota. No puedo imaginarme a alguien que te tenga a su lado y no te aprecie y te adore con locura —dijo él provocando que la chica se sonrojara.

—Tardé en darme cuenta de que la única razón por la que estuvo conmigo fue porque me parezco a ella. Un día me comentó que le gustaban los cabellos rojos, y cambié mi apariencia para complacerlo. Poco tardé en percatarme, por los cotilleos a mi alrededor, que todos asumían que yo buscaba ser como ella. No fue una decisión pensada, simplemente soy como ella en muchos sentidos: misma carrera, misma contextura, mismas pecas… Solo me faltaron los cabellos rojizos para alimentar los chismes a mi alrededor. No lo hice conscientemente, quise tener un gesto con mi novio y provoqué la molestia de unas cuantas personas. Ella es muy querida en el medio.

—No podemos cambiar el pasado. Quizás hubieras podido actuar distinto, pero no fue así, y ahora que estás en otro lugar, viviendo otras experiencias, podrías notar la diferencia entre lo que fue y lo que pudo ser. Solo queda desenvolverse sobre los pedazos rotos e intentar repararlos o aprender a vivir con ellos —reflexionó Jackson, pensando en el pasado de ambos.

—Nos queda intentar sonreír y aparentar que esa sonrisa es de verdad —dijo ella.

—No podemos permitir que personas amargadas o atadas a otros sentimientos controlen nuestras vidas, regodearse en la misera no lleva a nada, hay que decirle adiós a ese pasado que creemos vivir todavía. No es así, ya pasó, debemos aprovechar el presente —opinó Jackson demasiado consciente de su situación.

—Estoy cansada de bajar la cabeza y representar el papel de la chica silente e introvertida con un corazón solitario —confesó Anna reflexionado sobre su estado de ánimo reciente.

—De verdad hay que deshacerse de esos pensamientos y sentimientos que nos aferran a cosas que ya ocurrieron y que no podemos cambiar. He intentado vivir solo sin que me importe más nadie, pero la verdad es que es una vida muy solitaria y vacía. Estoy vivo sin vivir —

continuó cavilando él.

—Me encuentro a la defensiva todo el tiempo, y para poder vivir es necesario bajar las defensas lo suficiente para disfrutar las cosas buenas que nos rodean —admitió ella.

Ambos se miraron en silencio, se encontraban filosofando lo cual estaba resultando liberador.

Los ruidos de maquinarias y escombros cayendo cerca de ellos eran un recordatorio de que posiblemente no habría un mañana para ellos. Las horas corrían y no habían oído hablar de nuevo a sus rescatistas. Probablemente no era buena idea salir de su escondite para investigar sobre el avance de su rescate porque era peligroso, además, la falta de comunicación podía significar que no había posibilidades reales de salvarlos sin que el edificio adyacente les cayera encima.

Jackson admiró cada rasgo de su acompañante, consideró que era la mujer más hermosa que había visto en toda su existencia, y agradeció tener una compañía tan angelical para lo que podían ser sus últimos momentos de vida. Anna tenía una energía muy bonita, su voz era dulce y armoniosa, se sentía muy bien a su lado.

Por su parte, ella también estaba apreciando la presencia de su acompañante. Jackson parecía una buena persona y era condenadamente sexy, de manera caballerosa la había protegido, y sintiendo su preocupación por la lentitud del rescate, de había encargado en distraerla.

Era evidente que se sentía atraído por ella, pero hasta los momentos de había comportado de una manera muy respetuosa y lo agradecía. Luego de su experiencia con Leo su autoestima estaba destrozada y Jackson la hacía sentir visible, que importaba.

Anna analizó el espacio entre ellos, se encontraban encorvados bajo el escritorio que afortunadamente era grande, a Jessica le gustaba tener suficiente plaza para esparcir toda la documentación con la que debía trabajar. Se preguntó cuánto tiempo más podían estar en esa posición antes de que los músculos de sus cuerpos reclamaran otras posturas, recordó que no era claustrofóbica, pero no era nada agradable tener sus movimientos limitados, y estaba comenzando a desesperarse.

No quiso seguir pensando en eso porque no podía hacer nada al respecto.

Sus miradas se mantenían unidas conscientes de lo corta que podía ser la vida, y de cómo, a pesar de sus circunstancias, valoraban estar juntos en un momento como ese. Si morían, no lo harían solos.

El estruendo de más escombros cayendo provocó que ambos se encogieran, la chica dejó escapar otras lágrimas silentes, y volvieron a verse a los ojos.

Sin pensarlo, Anna se acercó a él, y sentándose a horcajadas sobre su regazo lo besó.

Él aceptó su gesto sorprendido y complaciente, había deseado probar sus labios desde que la vio bailando, y que ella hubiera tomado la iniciativa en ese momento lo calentó de pies a cabeza.

Las bocas de ambos parecían estar hechas la una para la otra, en ese instante pensaron que la única razón por la que habían nacido era para besarse, era perfecto cómo encajaban y cómo predecían el movimiento del otro. Supieron cuándo acariciar sus lenguas, cuándo succionar sus labios, cuándo morder sus comisuras, cuándo gemir, cuándo suspirar, cuándo y por cuánto tiempo detener el beso para tomar aire para luego continuar.

Inmediatamente sus manos comenzaron a participar más activamente, ella lo invitó a que profundizaran más en su contacto, y cuando sintió la dureza de su miembro bajo las telas de sus ropas, bajó la cremallera del chico para liberarlo, lo tomó en su mano maravillada por su largo y grueso tamaño, dudando por unos momentos si cabría dentro de ella. La humedad de sus pliegues le suplicaron que lo intentara.

—Creo que tengo un preservativo en la billetera. Debe tener telarañas —susurró él.

—Sácalo —replicó ella mientras seguía besándolo.

Continuando su iniciativa, la cual tenía maravillado a Jackson, Anna se encargó de ponerle el profiláctico acariciando su piel, inmediatamente después levantó sus caderas, apartó la tela de sus bragas bajo el vestido, e introdujo el órgano en su delicada caverna. Gimió impactada por la sensación cerrando los ojos, mientras él la contemplaba completamente hechizado.

Ambos se balancearon. Mientras él la penetraba, ella subía y bajaba sobre él; primero lentamente, luego con mayor velocidad, y cuando estaban a punto de alcanzar el clímax lentificaban sus movimientos para alargar el momento, y así lo hicieron una y otra vez, rápido y violento, suave y sutil, hasta que no aguantaron más y alcanzaron juntos el orgasmo sin dejarse de besar en ningún momento.

No pronunciaron ninguna palabra, se miraron, sonrieron, y apoyándose en el hombro del otro, se quedaron dormidos.

Parte 3

—¡Ey! ¿Están bien? —gritó uno de los rescatistas desde el techo de la oficina.

—¡Aquí estamos! —replicó Jackson despertándose.

Anna hizo lo mismo, y cuando tuvo la intención de moverse para retirarse del regazo del chico, él la abrazó por un segundo rozando sus labios con los de ella con una sonrisa. Ella sonrió de vuelta.

—¿Están bajo cubierta? —preguntó el hombre.

—Estamos bajo el escritorio —contestó Anna.

—Quédense ahí —ordenó otro rescatista.

El sonido de escombros golpeando la madera sobre ellos provocó que se tomaran de la mano apretándose uno contra el otro. La luz incandescente de un faro iluminó por completo la oscuridad que los rodeaba, y pocos minutos después, sintieron la presencia de personas abriéndose paso desde el piso superior para llegar a ellos.

Veinte minutos después se encontraban sentados en el suelo de la parte de atrás de una ambulancia con los pies en la calle. Ambos llevaban una manta térmica plateada sobre ellos mientras los paramédicos los inspeccionaban, al descubrir que ninguno había recibido ningún golpe de escombros sobre la cabeza o cualquier otro lugar vital, les indicaron que podían irse.

Jackson y Anna se miraron, luego tomaron sus manos en señal de complicidad por todo lo vivido y por el sentimiento de gratitud por haber tenido aquel encuentro del destino.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Jessica acercándose a ellos corriendo— ¡Gracias a Dios están bien! ¡He estado tan preocupada!

La mujer los abrazó sonriendo al ver sus manos unidas; su plan había funcionado.

Se encontraba feliz —apartando el hecho de que un terremoto casi los mata—, porque días atrás lamentó que dos personas tan buenas y dulces estuvieran solos y amargados, su sexto sentido le había insinuado la idea de que juntos podrían mejorar la vida del otro, y por eso, a pesar de que ambos habían solicitado estar solos en el estudio, coordinó que estuvieran al mismo tiempo y se conocieran. Aparentemente eso los había salvado, y ahora tenían la posibilidad de un futuro juntos por delante.

El capitán de bomberos llamó a la mujer, y ella se retiró dándole un beso en la mejilla a cada uno.

Jackson y Anna se encontraban nerviosos, sin saber qué decir. Él fue el primero que habló para saber qué pensaba su acompañante:

—No quisiera asumir nada, pero me gustaría que esto no acabara.

—¿Vamos a tu casa o a la mía? —susurró ella.

—A la mía —replicó él poniéndose de pie sin soltarle la mano.

Las llaves de su vehículo estaban en su bolso bajo los escombros, así que detuvo el primer taxi que pasó cerca.

Dentro del auto, Anna se apoyó en su hombro dormitando durante el camino. Al llegar al complejo de apartamentos donde vivía Jackson, continuaron caminando con los dedos entrelazados. El joven se dirigió a una de las viviendas del piso inferior, donde le solicitó a la casera del edificio que abriera su puerta porque todas sus llaves habían quedado enterradas bajo las paredes colapsadas.

La mujer, que inicialmente se asustó de que alguien tocara su puerta a las cinco de la mañana, ofreció ayuda preguntando si deseaba que le cocinara o hiciera algo por él. Jackson se

negó apretando su brazo cariñosamente, y la casera sonrió al ver a la pareja desaparecer tras la puerta.

Le tenía cariño al joven como si fuera un hijo suyo, lamentaba su tristeza y soledad; verlo acompañando de una chica tan hermosa, a pesar del polvo que los cubría, le causó mucha alegría.

Jackson y Anna continuaban silentes, más por cansancio que por otra cosa, y aunque los dos se encontraban nerviosos, se sentían cómodos el uno con el otro.

Él encendió la ducha, y entre ambos se quitaron la ropa.

Jackson tenía cada uno de sus músculos bien marcados, ser ermitaño le daba mucho tiempo libre para ejercitarse que era lo único que le causaba placer en esos tiempos, y Anna, con sus constantes movimientos de danza tenía la figura de una modelo tonificada. Se admiraron uno al otro bajo el agua mientras se limpiaban y acariciaban.

Unos minutos después se encontraban enredados con las sábanas de la cama haciendo el amor, experimentando, conociéndose, probando todas las posturas que se les imaginaban, besando cada poro de sus pieles, lamiendo, chupando y mordisqueando; y luego de llegar a varios orgasmos, y comer la comida china que pidieron a domicilio conversando como si fueran amigos de toda la vida, se quedaron dormidos.

****

Despertaron cerca de las tres de la tarde, y se dirigieron al estudio para intentar recuperar sus pertenencias. No lo creían probable, pero Jackson aprovecharía su llave de repuesto para buscar su camioneta pickup.

Tal y como lo habían sospechado, era imposible recobrar sus cosas por los momentos, así que decidieron tomarse unos días para sacudirse la mala experiencia y disfrutar de la compañía del otro. Se habían encontrado, se sentían felices juntos, y querían celebrarlo en una cama la mayor parte del tiempo posible.

Esa noche, mientras cenaban una pizza con las piernas entrelazadas frente al televisor prendido, un corto del noticiero nocturno mostró las imágenes de una atractiva pareja saliendo de un restaurant famoso de Nueva York, una voz superpuesta de mujer dijo lo siguiente:

Leonardo Lombardi fue visto con su novia Gaia Girard saliendo de Pococo agarrados de las manos. La súper pareja está cosechando éxitos profesionales a diestra y siniestra: él saldrá pronto en un tour internacional con su banda Crazy Sound, y ella fue la encargada de la coreografía de Magic, el mayor éxito de Broadway esta temporada…

Anna soltó un bufido burlón, y Jackson enfocó la mirada para detallar a la pelirroja en la pantalla reconociéndola de inmediato.

Recordó el relato de su acompañante, y se preguntó cómo era posible que ese músico de segunda no se hubiera enamorado perdidamente de la rubia que tenía a su lado.

Sin embargo, sintió cierta simpatía por él, porque gracias a que su relación no funcionó ella se había mudado a su ciudad, se habían acompañado en un momento difícil, y ahora estaban juntos. La había encontrado y no pretendía perderla.

—Eres mucho más hermosa —murmuró él.

Anna se giró al percatarse que Jackson descifró quiénes eran. No dijo nada.

—Muchísimo más —reafirmó él convencido con una sonrisa—. Sigo pensando que es un idiota, pero un idiota a quien le debo haberte conocido.

Ella le devolvió la sonrisa, la caja con el resto de la pizza terminó en el suelo mientras ambos se entregaban a sus besos y caricias, y cuando iban a sentir la dicha de unir las piezas que les provocaba tanto placer, un golpe en la puerta de entrada los sobresaltó.

Anna se acomodó cubriéndose lo mejor que pudo con la inmensa remera de Jackson, y él se levantó a averiguar quién los molestaba.

—¡Gracias a Dios estás vivo! —exclamó Roman palmeando su hombro al entrar al apartamento sin ser invitado—. No podía creer lo que pasó cuando Jessica me dijo. Todos los ingenieros de sonido son una mierda, ¡todos!

Jackson se giró a ver a Anna, y Roman hizo lo mismo.

—Lo siento, no sabía que estabas acompañado —dijo el hombre sin sentir ningún arrepentimiento, sobre todo porque quedó deslumbrado por la belleza de la chica y no lo ocultó; la analizó de pies a cabeza sin sentir ningún tipo de vergüenza.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Jackson con brusquedad.

Estaba inmensamente interesado en la presencia de Roman en su casa, pero no le agradó cómo veía a su acompañante.

—¿No te lo acabo de decir? Todos los ingenieros de sonido son una mierda, te necesito. Shakira está inconforme y me pidió al mejor. Tú eres el mejor, siempre lo has sido.

Jackson y Anna volvieron a verse, aquello era mucho más que una casualidad, parecía que el desino les sonreía y les enviaba una señal de que les correspondía conocerse y estar juntos.

—¿Cuándo quieres que comience? —preguntó Jackson.

—Te necesito el sábado en San Diego para unas pruebas, el autobús en el lugar de siempre sale a las ocho de la mañana, ¿puedes estar ahí?

—Por supuesto —replicó el aludido.

—Muy bien, nos vemos el sábado —dijo el mánager estirando su mano para estrechar la de Jackson.

Cuando hicieron contacto, Roman lo haló para abrazarlo, y palmeando su espalda le dijo:

—Me alegro de que no hayas muerto.

Y así, si mencionar el pasado, y como si nunca hubieran discutido, Roman hizo las paces con Jackson recomenzando su relación comercial y personal.

Cuando Anna y Jackson quedaron solos, estallaron en carcajadas, ¿qué posibilidades había que terminaran trabajando en el mismo tour?

Sí, aquello era el destino, y entre besos y caricias, comprendieron que aquella relación naciente sería duradera.

FIN.

¿Te gustó?

Primero que nada, quiero agradecerte por leer **ENCUENTRO DEL DESTINO**. Si te gustó, me encantaría que publiques un comentario sobre ella en Amazon o Goodreads; conocer la opinión de los lectores es una de las principales motivaciones para seguir escribiendo.

También tengo publicadas otras historias cortas, y si me permites sugerirte una, te propongo **SOY TUYA**, un relato con el tropo literario «enamorada del mejor amigo de mi hermano».

Aquí te dejo su sinopsis y su primera parte.

Sinopsis:

Ayla se enamoró del amigo de su hermano desde el día que lo conoció cuando era una adolescente. Aunque se convenció de que solo la veía como una hermanita y que nunca estarían juntos, ni el tiempo ni la distancia pudo lograr que lo olvidara.

Parte 1

Me enamoré de Ezra desde el día que lo conocí, y todavía recuerdo con precisión la primera vez que lo vi: yo tenía trece años y él dieciséis; llegó a mi casa con mi hermano porque jugaban Rugby en el mismo equipo y se habían hecho muy amigos.

Ambos tenían golpes y raspones por la práctica de aquella tarde, pero eso no fue lo que llamó mi atención, debido a que Carlo, mi hermano, jugaba el deporte desde hacía dos años atrás y verlo con manchas de sangre se había vuelto algo cotidiano.

No, sus heridas no causaron ningún efecto en mí, fueron sus ojos castaños y su brillante piel canela la que me atrapó inicialmente. También me encantó su altura; yo medía apenas un metro sesenta, por lo que los veinticinco centímetros que Ezra me llevaba por encima hacían una gran diferencia.

Su sonrisa me cautivó poco tiempo después, y para mi desventura, con el tiempo se me hizo evidente que me catalogó como una niña pequeña: la hermanita de Carlo.

Llegué a esa conclusión debido a su comportamiento en la escuela, junto a mi hermano, no permitía que nadie me tocara ni me usaran como blanco de burlas. Por una parte, me agradaba sentirme protegida por él, pero por otra, se me hizo imposible tener amigos del sexo masculino, no consentía que nadie se me acercara, lo cual fue frustrante.

Dos años después de ese comportamiento, cuando él estaba por graduarse, tuvimos una discusión monstruosa.

Para ese momento yo me había cansado de esperar por él, y el chico guapo de mi clase me invitó a salir. No supe cómo Ezra se enteró de todo el asunto y averiguó a cuál sala de cine iríamos, solo recuerdo que apareció con un grupo de amigos, excluyendo a mi hermano, y se impuso para que no pudiéramos estar solos. Su excusa, cuando espantó a mi cita y se lo reclamé, fue que los hombres solo buscaban una cosa y que yo era inocente y manipulable.

Aquella tarde llegué furiosa a casa, lanzando puertas y musitando insultos hasta que Carlo me pidió una explicación.

—¿Qué te pasa, hermanita querida? ¿Estás en esos días del mes?

—Solo un idiota pensaría que la única razón para que una mujer esté molesta es por la menstruación. ¡Idiota!

—Calma, ¿eh? Que lo que sea que te esté pasando no es culpa mía… ¿o sí?

—En parte sí lo es —mascullé entre dientes.

—¿Ahora qué hice? —preguntó con su característico tono burlón, a veces lo odiaba por eso.

—Nada —refuté apretando mis labios para no poner en evidencia mis sentimientos hacia su amigo, ya que en caso de que mi hermano se hubiera dado cuenta de ellos, no demostraba saberlo y yo lo prefería así.

—Vamos, Ayla, sabes que te mueres por decirme qué es lo que te tiene así. Desahógate, apóyate de este hombro fraternal —bromeó de nuevo y a mí me dieron ganas de estrangularlo. ¿Por qué siempre tenía que verle el lado gracioso a todo?

—Eres demasiado cotilla, Carlo. Déjame en paz —vociferé con toda la intención de alejarme de él y encerrarme en mi habitación.

—Soy cotilla, no lo niego, pero más me gusta ver un buen espectáculo. Ya quiero ver cómo va a reaccionar Ezra en contra de quien te haya molestado —replicó con una risita mientras me seguía.

—¡Ezra es quien me molesta! ¿Quién demonios se cree? Su complejo de guardaespaldas me tiene cansada —rugí girándome hacia mi hermano.

—¿Ezra te molesta? ¿Desde cuándo? Yo veo que ustedes dos se llevan muy bien —dijo con un gesto de manos desestimando mis palabras.

Eso me enfureció aún más.

—¡Me molesta desde siempre! No tiene ningún derecho a alejar a cualquier amigo que se interese por mí, ¡los espanta a todos!

—¡Ah! No sabía si podría ir hoy a supervisar tu cita, yo no podía ir, tengo examen de cálculo mañana.

—¿Qué te da el derecho a supervisarme? ¡Yo no intervengo cuando sales con cualquier chica que esté dispuesta a soportar tu horrible cara!

—¡Ey! Sabes que soy tremendo partido, y soy tu hermano mayor, es mi trabajo protegerte —sus palabras no tenían rastro de burla, y su condescendencia aumentó mi irritación.

—Yo no soy una damisela en peligro que necesita ser protegida, y tú no tienes derecho a enviar a tus amigos a arruinar mi primera cita —mascullé con impaciencia.

—Sabes muy bien que no podemos evitar que Ezra quiera cuidarte. No hace falte enviarlo, aunque no le hubiera pedido que fuera, él hubiera ido de todos modos.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que meter sus narices donde nadie lo llama?

¿Acaso mi hermano estaba admitiendo que Ezra estaba interesado en mí? ¿Su comportamiento se debía a que me celaba? Ese rayo de esperanza comenzó a calentarme por dentro, no podía creer que lo que fantaseé por tanto tiempo era una realidad.

—¡Vamos, Ayla! Sabes muy bien por qué. Le recuerdas demasiado a Edna.

—¿Quién es Edna? —una mezcla de celos y curiosidad despertó mi intriga.

—¡Tú sabes quién es Edna! Su hermanita, la que murió de cáncer hace unos años.

No lo sabía, nunca había oído hablar de ella, o por lo menos jamás presté la atención suficiente para enterarme. No debía sorprenderme, Ezra no era muy conversador, y cuando lo veía, estaba demasiado ensimismada en mis fantasías con él para percatarme de otras cosas.

Mis sueños fueron destrozados una vez más al confirmar que Ezra no se interesaba por mí románticamente, me veía como una hermanita que debía proteger y eso fue demasiado doloroso para mí.

Así que esa noche, cuando fue a visitar a Carlo, le exigí que más nunca me hablara y así fue.

En las pocas semanas que le quedaban de clases, actuamos como si no nos conociéramos, y

luego de que se marchara a la universidad, no supe más nada de él.

Si quieres comentarme algo o estar al tanto de las publicaciones de mis historias, puedes seguirme en **mis redes sociales**.

Un fuerte abrazo, Ondrea Lion.

Ondrea Lion®

Telegram . Instagram . Facebook
@ondrealion

Twitter
@Ondrea_Lion

ondrealion.blogspot.com